

EL LOCO DE LA INDIA

SERGE OLIVIER LEUBA

Todo lo que quedaba de sabiduría en este mundo parecía haberse condensado en los ojos de mi gata, y por eso mismo, la llame Sofía. En este momento, esta encima de mi escritorio, en su posición favorita, la de la esfinge, los ojos entrecerrados y pintados como Nefertari. A veces, le gusta dormirse en un montón de arena que hay al final del jardín. Desde la ventana de mi habitación, la estaba buscando el otro día con la mirada relajada. Vi solo sus dos orejas sobresalir detrás de la arena, vi solo dos pirámides en el desierto. Estoy convencido que todavía sueña con su vida en Egipto, una de sus siete vidas, ya que para que la tenga siempre presente en mi corazón , mi gata se comporta siempre conmigo como si fuera su ultima vida .O quizás, sea yo quien piense así por tratarla como una reina! Pero su reino se extiende mucho más allá de nuestro jardín y tengo

pruebas irrefutables. Os cuento. Cada noche, Sofía duerme conmigo pero esta noche de luna llena, de manera muy excepcional, alargó todo su cuerpo contra el mío y así, como dos amantes llenos de amor y ternura, nos dormimos.

Y por la primera vez en mi vida de hombre me convertí yo en un gato por espacio de una noche maravillosa e inolvidable. Nunca había experimentado tanta ligereza y agilidad en mi cuerpo pero no tuve ninguna dificultad de adaptación a mi nueva forma de ser. Tener cuatro patas bien apoyadas en el suelo para deslizarse en la noche, ver con el reflejo de la luna como en pleno día, no sentirse nunca desnudo aunque siempre guapo y inmensamente feliz de ser gato solo se puede sentir, no se puede explicar. Como un novato en esta materia, seguí a Sofía, mi guía, mi amiga, mi amor.

Que maravilla ver las flores de nuestro jardín por debajo con sus corolas recortando sus espacios en el cielo de esta noche, hacerse acariciar de manera continúa por las hierbas solo por el hecho de caminar.

No tarde mucho en sentir que el gato es el animal más feliz del mundo. No andaba, más bien flotaba ligeramente encima del suelo. Comprendí en seguida que cada gato vive solo para la elegancia, con este arte de expresarse a través de los movimientos de la forma más justa en cada momento.-“ Cada gato encierra en si todos los otros gatos,” me susurró Sofía en la noche, asegurándose en cada momento que la estaba siguiendo.

-“No te rasques tanto! Esto no se hace, cuando uno camina”

-“Es que tienes que comprender que no estoy acostumbrado a tener tanto pelo en todo el cuerpo, y esta ligera brisa nocturna me provoca cosquillas!

-“Tienes que aprender muchas cosas para ser un verdadero gato! Lo mas importante quizás sea aprender a dormir los dos tercios de tu tiempo y te lo aseguro que no es perder el tiempo! Es que nosotros, gatos, acordamos mucha importancia a los sueños, porque si un poco de sueño puede ser peligroso, lo que te curara siempre es mas sueño, es el sueño entero. Y te voy a decir mientras subimos a la colina lo que cada madre gato le dice a sus pequeños:”

-No envidiéis el león. Será el rey de los animales pero a nosotros, el poder nos cansa.

-No envidiéis vuestros primos los otros felinos porque a veces se dejan dominar en los circos y en la naturaleza, se les caza. Nosotros nos dedicamos a la caza menor pero nunca nos dejamos dominar.

-No envidiéis los perros que también son amigos del hombre, pero podréis considerarlos como grandes juguetes siempre dispuestos a jugar con vosotros, pero siempre impondréis las reglas del juego!

Sois gatos. Solo vivís para ser guapos, para atraer mil caricias de las manos de los humanos y para filosofar.

Era una delicia escuchar a mi gata en esta noche llena de luna llena, perfumada por el jazmín y el galán de noche, mirando a lo lejos un mar plateado y brillante.

-Sofía, te estoy escuchando y siguiendo. Porque miras atrás como por sorpresa a cada momento?

-Si, tienes razón, suspiro. Tienes que comprender que nosotros, gatos, tenemos un miedo ancestral pero muy anclado todavía en el corazón: el miedo al hombre del saco!

-El miedo al hombre del saco, el mismísimo miedo que me metían a mi de niño cuando desobedecía?

-No exactamente y me explico:

“En el mundo entero, en todos los países, las religiones y los potentes habían siempre protegido los gatos. Los Egipcios nos consideraban como sagrados y nuestra vida no solo estaba protegida en esta tierra pero se proseguía en el reino de Râ, después de la muerte. La Diosa Bastet tenía forma y rostro de gato .En Europa también, teníamos el favor de la gente, de los potentes y de la iglesia y más de un santo tenía un gato como atributo.

Pero, en el siglo trece, fue la iglesia católica que nos traicionó y empezó nuestro periodo de angustia del hombre del saco con la Santa Inquisición pontificia, esta estupidez macabra de los prelados de la cristiandad.

Todos los gatos sufrieron mucho, pero sobre todo los gatos negros. Éramos, según los sabios de la iglesia, cómplices del mismísimo diablo!

En las calles de Paris, en la noche de San Juan, se perseguía todo gato. Nos ponían juntos en un saco de tela y nos quemaban vivos hasta que el buen rey Luis catorce prohibió esta barbaridad en 1648.

En Bélgica no se quemaban los gatos, se arrojaban vivos desde lo mas alto de una torre el segundo domingo de mayo, hasta el año 1817!

Comprenderás ahora mejor el porque de este miedo metido en el cuerpo, y porque nos damos la vuelta a la menor sospecha, al menor ruido desconocido, a cualquier vibración del aire o cambio de luz.”

- No pongas esa cara! Te hablo de la Edad Media. Ha pasado mucho tiempo desde entonces! Y por favor, no pongas siempre tu rabo tan derecho, incluso si tienes miedo.

Un gato tiene que andar casi siempre con el rabo en punto de interrogación para hacer comprender a los humanos que nos hacemos muchas preguntas. Tenemos siempre más

preguntas que respuestas, y esta bien que sea así. Un gato que deja de hacerse preguntas o de sorprenderse o de emocionarse es un gato muerto!

Sin darnos cuenta, habíamos llegado al punto más alto de la colina.

-Siéntate a mi lado y conmigo, vas, por la primera vez en tu vida a conocer una cara de la luna desconocida de los humanos. Algunos lo habrán intuido puesto que pusieron a nuestros antepasados el nombre latino de “Felis lunensis”, adivinando quizás nuestra estrecha relación con la luna llena.

Ante todo, tranquilidad. Mira la luna con mucha intensidad, como si fuera el ojo de la noche. Pon tu mirada en la suya, mira la bien, mucho tiempo, la mente libre y vacía. Bien, muy bien.

Ahora, puedes utilizar el disco lunar como un espejo, y visitar los lugares que mas te gusten.

Ves este río en forma de lotus. Es el Nilo. Nos estamos acercando a su orilla. Un viejo campesino esta sentado acariciando un gato en sus rodillas y, como todos los campesinos de su país es una mezcla de un sabio y de un señor. Le esta comentando a su gato que con su falucho quiere atravesar el río pero que esperara con paciencia que la brisa se levante puesto que no se puede hinchar la vela de su barco con los vientos de ayer. Otros campesinos se quedan al mismo lado del río y montados en los lomos de sus burros, parecen flotar encima de los campos verdes de alfalfa. Un grupo de mujeres, vestidas como princesas, están lavando la ropa, golpeándola con ritmo sobre una inmensa piedra plana a penas sumergida, mientras sus crios se bañan desnudos y felices, en el agua que les da vida.

Desplacemos un poco el espejo. Ves el Bósforo que nos conduce a una de las ciudades más bellas del mundo: Estambul. Eso si que es una ciudad que parece que se ha construido para nosotros, los gatos. En cualquier rincón, en los parques que rodean las mezquitas, en las escaleras que suben a ellas, en cualquier saco de especies del mercado egipcio, en cualquiera vitrina de ropa, los Istambuliotos te dejaran vivir en paz. Uno de nuestro punto de encuentro que más nos gusta es la plaza Eminonu, frente al puente Galata. Todo el mundo pasa por aquí, todos los gatos se sienten un ratito delante de la Nueva Mezquita para observar los centenares de palomas picotear el maíz lanzado por manos inocentes. Suena de repente la voz potente de la sirena de un barco y son miles de alas que se abren al mismo instante. Son tan numerosas que parece que el suelo mismo alza el vuelo. Nosotros, los gatos, nos quedamos impasibles pero nos gusta observar como vuelven las palomas por pequeños grupos que en pocos minutos forman otra vez esta alfombra de plumas.

A la luz de la luna, Estambul se tiñe de azules y los domos de sus mezquitas se parecen a gatos gigantes dormidos en las colinas que modelan la ciudad.

Si bajas de la casa de Pierre Loti hasta la mezquita de Eyüp te encontraras con centenares de gatos que comparten desde siempre este bello lugar con los muertos enterados en este cementerio. La muerte y los gatos, siempre hemos tenido la más perfecta convivencia: nos gusta la paz, el silencio, la idea de la eternidad.

- Has notado que el amor a un gato te hace mas humano?

Esta pregunta era tan fuerte que me desperté y al mismo instante oí el ruido de la gatera que se cerraba. Sofía acababa de irse de mi cama.

Unas horas después, desayunaba a mi lado sin hacer ningún comentario, como si no hubiera pasado nada. Solo le di las gracias mentalmente por tan agradable y fantástica noche y le prometí que un día le contaría un viaje que hice en India hace algunos años.

Desfilaron muchas otras lunas llenas en el cielo y muchos gatos en mi memoria, cada uno con sus particularidades, su carácter, su belleza, su historia.

Pacha, el hermoso gato europeo negro con calcetines y pechera blancos se comportaba como si lo fuera de verdad .Un día, recibimos en casa una condesa polaca que parecía salir de las páginas de una novela rusa. Me acuerdo que su primer gesto fue de levantar el tapa-feas de velo negro de su sombrero de una extravagancia magnifica que deposito con miles precauciones encima del armario de la entrada. No podía ser solamente el efecto de la vodka. Cuando nuestra amiga decidió irse, quise coger su sombrero pero pesaba una tonelada!

Pacha se había acostado encima de el, aplastándole de tal forma que de forma ya no tenia ninguna, y el tapa fea partido en dos que parecía una cortina de teatro en el rostro de nuestra amiga un poco mas original todavía a la salida que a la entrada. Pacha se fue un día porque llego otro gato y todavía me duele admitirlo, pero nunca volvió

Si, sin saberlo, con dos meses de inocencia pero con su aire de conquistador, llego Misterio poco antes de las fiestas navideñas y despidió a Pacha. Jugaba a esconderse detrás de los paquetes de regalos que habíamos depositado debajo del árbol de navidad y salía desde detrás de ellos como estos diablillos que te asustan cuando levantas la tapa de estas cajas sorpresas. Nunca tuvimos un belén tan vivo como ese año! En un combate pugilístico completamente desigual, de dos manotazos, envió a la Virgen Maria y a San José al suelo, se acostó encima del niño Jesús, observo un momento el burro y el buey y, como no se movían, se durmió. Al llegar

los Reyes, no quedaba ninguna bola en el abeto. Solo la estrella en la punta del árbol se salvo del desastre.

Mandarina siempre tuvo un comportamiento de gran dama y de mucha responsabilidad. Nacida en Suiza, tuvo un nombre predestinado puesto que vino a vivir con nosotros en España. Espero la víspera del viaje que hicimos en coche, en los días más calorosos del verano, para parir a Fanny y Popol, y no se que como llegamos todos vivos dos días después en la Finca del Lobo, en medio de los naranjos. Nos habíamos parado en un hotel de Figueras y mientras yo distraía el portero, mi amigo pasaba con un paquete un poco extraño, cantando con su voz potente un aire de zarzuela que resonaba en todo el hotel. Los gatos una vez instalados en la habitación, salimos para comer algo. Al regresar Mandarina se había comido (a parte de su comida prevista de antemano) todos los restos de un desayuno que se habían olvidado en la habitación y había hecho sus necesidades en la bañera! Una gran dama.

Comprendió en seguida cuales eran los límites de su nuevo territorio y nos lo hizo saber a la mañana siguiente de nuestra llegada, corriendo de un árbol a otro en las cuatro esquinas de nuestra finca.

A los diez días, Popol todavía no había abierto los ojos, mala señal para un gatito! Fuimos testigos de una escena que nunca hubiéramos creído posible. Mandarina cogio su pequeño por la piel de la nuca, subió hasta el tejado y tiro a Popol al vacío. Repitió el sacrificio tres veces hasta asegurarse que estaba bien muerto. Supimos después que Popol sufría de una enfermedad contagiosa. Sabiduría animal, poder de decisión y actuación inmediata, dignos de esta gata.

Sin intención de juzgarla o menospreciarla, su hija, Fanny la dulce, Fanny la guapísima era ninfómana! Un poco escandalosa, llamaba los machos del barrio todo el año aunque parecía despreciarlos y decirlos:

“Me da igual quien será el siguiente, puesto que la noche, todos los gatos son grises!” No tuvo suerte en amor porque su verdadero amor, su gran amor, su apasionado amor, lo tenia exclusivamente reservado para nuestro pastor belga, Osito que, aunque la protegía ella y todos sus descendientes, no entendía nada de sus caricias, de sus miradas langorosas, de sus verdaderas crisis de nervios y de desesperación retorciendo su cuerpo bajo la cara sorprendida de su Osito negro!

Una noche, Mandarina y Fanny, es decir madre e hija, se acostaron gualdrapeadas en un cartón que habíamos colocado debajo de la escalera y empezaron juntas a dar a luz, al mismo instante, una actuando de comadrona de la otra, una comiendo las placentas de la otra! A la mañana

siguiente, teníamos una docena de gatitos en la cama pero solo una gata, la responsable Mandarinina! Fanny estaba ya en el camino donde desfilaban los machos para ver si podía reconocer el padre de su progenitura. Dejo por completo la educación de sus hijos a la abuela por esta vez.

Sino, las otras veces, parió siempre en la casita del perro que tomaba muy en serio su role de protector y defensor de los gatitos. Cuando empezaban los pequeños a salir, Osito hacia un círculo con sus patas delanteras y con una infinita paciencia y dulzura, cogia en su boca el atrevido que quería ir a descubrir el mundo antes de la hora, para ponerlo otra vez con sus hermanos.

Quizás por haber caído de pequeño en un cubo de agua, a un hijo de Fanny, el denominado Fakir, le encantaba el agua. Cuando pasaba el agua en l'acequia se ponía cuerpo entero en ella. Solo salía su cabeza con la sonrisa de un castor feliz. Si la corriente era demasiado fuerte, no entraba. Apoyaba su cuerpo al borde de l'acequia y dejaba sus patas delanteras en remojo! Después, se lavaba minuciosamente. El, un día desapareció, sin mas, quizás solo por el hecho de nombrarse Fakir!

Moscatel se llamo así por sus ojos que tenia amarillentos como dos granos de uva dorada, de resina de ámbar que realzaba la belleza natural de este gato completamente negro. Se lo llevo una hepatitis fulgurante un día de Navidad, por la mañana y callamos su muerte hasta el día siguiente para no apenar la fiesta a los demás

Veo todavía Micky, cuyo hábito favorito era acostarse en el plato donde poníamos el grano de maíz triturado, para las decenas de tórtolas que vivían alrededor de la Casa Romana. Se hacían compañía y se respetaban pero los pájaros hambrientos terminaban siempre picoteando el pelo del gato que desplazaba su parea de medio metro. Perdió un ojo por culpa de una espina del bougainville mientras cazaba una rata.

Y, finalmente, las dos hermanas de aspecto persa, Farah y Sofía. Podían detestarse cordialmente o adorarse con recelo como solo pueden hacerlo dos hijas de la misma madre, una gata inglesa que hubiera podido dar lecciones de acento ingles a mas de un estudiante. Encontré por desgracia el cuerpo de Farah en la carretera con la única consolación que había muerto de golpe. Ella sabía hacernos reverencias, quizás por sus orígenes inglesas. Cuando venia hacia nosotros,

primero, ponía en el suelo el triangulo de su cabeza y volcaba sobre ella misma antes de saludarnos.

Llegaron las primeras gotas de lluvia como lagrimas que empezaron a caer sobre las quemaduras de este verano caluroso e interminable. Cayeron primero esparcidas, demasiado gordas, como un aviso dado a los insectos y pájaros para que vayan a refugiarse antes del enfado definitivo del cielo con el verano. Lluvia que se hizo generosa y que duro tres días y tres noches. Sofía no salía de casa sino por necesidad. Se instalo en la butaca más cómoda del salón y comprendí que el momento había llegado de contarle nuestro viaje a India y Nepal.

Un día de abril del año 1994, el avión de la compañía Air India acababa de tomar tierra en el aeropuerto de Delhi.

Oía pero no escuchaba las explicaciones del guía que había subido al autobús que aseguraba el trasbordo desde el aeropuerto hasta nuestro hotel. Caía el día y los mosquitos hacían gesticular los viajeros. Vistos desde el exterior, se hubiera podido creer que los turistas que éramos y que acababan de llegar a India tenían conversaciones animadas. Pero solo la voz un poco ronca del delegado por la agencia de viajes amortiguaba los ruidos que nos provenían desde fuera. Inmensas pancartas pintadas con coloridos tornasolados anunciaban las películas de la semana. Se presentaban como un gigante libro de imágenes cuyas páginas volteaban a medida que el autobús iba rumbo al centro de la ciudad. Busque una posición más cómoda en mi asiento y, bajando la mirada, mire fijamente el borde de la calzada. En la penumbra, solo percibí al principio una larga línea espesa y sinuosa como si, en un sobresalto, un mar invisible intentara levantar unas olas. Pero al paso de los vehículos, iluminada por los faros, esta masa uniforme, indefinida, se levantaba, se aplastaba, se movía. Estas dulces colinas negras como alquitrán parecían respirar, tomar vida. Estaban vivas!

De pronto pude distinguir unos pies, unos ojos que perforaban la oscuridad, unas manos, unos rostros, unos cuerpos confusos, acostados, sentados, encogidos, amontonados, dormidos, ennegrecidos por los gases de escape. Humanos imitando el betún, incorporándose a la carretera, recubiertos de papeles, cartones, plásticos, de ramas deshojadas, tan negros como la mas profunda desesperación, indicadores de una miseria inimaginable antes de encontrarla de verdad.

Era nuestro primer contacto con los sin techos que rodean las ciudades de la India y que representan un cuarenta por cien de la población urbana. De donde han venido? Desde cuando

están aquí, sin pan, sin agua corriente, sin recursos, sin socorro, sin nada? Algunos, los recién llegados están buscando todavía en el fondo de su memoria exhausta por esta dura realidad a que se parecían su pueblo, su casa, sus campos aunque áridos. Por culpa de la tremenda sequía han tenido que venir hasta aquí con la esperanza de encontrar un trabajo, y mientras tanto de sobrevivir y muchas veces de morir. Cuantos agonizantes entre estos crios, estas mujeres y estos hombres acostados al borde de la calzada en el incesante, estruendoso y sucio tráfico que une el aeropuerto a la ciudad misma de Delhi. Nuestro hotel me parece un palacio y me da ganas de huir a lo más profundo de la noche para esconder mi dolor. Mi cabeza esta lista para estallar de los miles de choques recibidos en pleno corazón y no hace todavía una hora que estamos en India!

Juntando los pocos víveres que nos quedan, y algunas camisas sustraídas a nuestras maletas, salimos discretamente del hotel por una puerta de atrás. Es tarde, y la muchedumbre ya se ha dispersado. Un hombre esta sentado en cuclillas. Es de una delgadez terrorífica. Su torso esta recubierto con un sucio andrajo. Desplegamos una camisa con esta interrogación de la mirada y de la mano que le esta pidiendo si quiere aceptar este regalo. Menea negativamente la cabeza y con la extrema debilidad que acompaña este cuerpo descarnado, su brazo se levanta y su índice designa a algunos pasos un hombre más pobre que el, hecho solo de huesos y completamente desnudo. Cubrimos su espalda con la camisa. El uno y el otro están contentos. Sus ojos nos sonrían y los nuestros se llenan de lágrimas. A través de ellas, observamos un grupo de niños hambrientos, como gorriones, buscando una miga dejada como por milagro en las aceras. Vemos los dedos de estas diminutas manos coger despojos invisibles para comérselos. Un poco mas lejos, otro grupo esta siguiendo una vaca que se pasea con toda tranquilidad y que come papeles grasos y plásticos que habrán contenido algo de comida. Estas vacas que solo tienen la piel que flota sobre sus huesos aseguran el único servicio de limpieza de estas calles oscuras en las cuales la miseria es el pan cotidiano. Al lado de cuerpos dormidos, depositamos la comida y la ropa como una ofrenda a un Dios desconocido, ausente, porque donde esta el Dios de la miseria infra-humana? A veces las vacas tienen propietarios. Entonces están mejor cuidadas. Es falso pensar que solo las vacas son sagradas en India. Toda forma de vida es sagrada y todos los animales se sienten allí en casa.

La grande mezquita, llamada también la mezquita del viernes, domina la masa efervescente de la Vieja Delhi. Hay que ver entonces este entrelazado de callejuelas con casas elegantes pero arruinadas, con sus minúsculas tiendas repletas de mercancías, apretadas las unas contra las

otras, de donde sube a la vez un olor de viejo pescado y de excrementos humanos que encontramos por desgracia en cada lugar en esta parte de la India. La calzada esta invadida de bicicletas, de motos, de tongas, de carros tirado por bueyes, de automóviles, de rick-shaws, de autobuses medio rotos, vehículos sin edad pero indestructibles que se cruzan en un tráfico demencial. Unos niños acompañan inválidos en su caminata de miseria. Un anciano esta acostado sobre una tabla de madera cuyas ruedas de rodamiento a bolas producen un alboroto impresionante. Esta empujado por un chico que no tiene cinco años. Es una multitud pidiendo una limosna a los transeúntes. Alineados a la sombra de unos árboles, los rick-shaws están esperando el cliente eventual. Los hombres que los hacen rodar y los conducen son delgados y cansados. Varios de ellos están acostados, dormidos encima mismo de sus bicicletas, la cabeza apoyada al centro del manillar, los brazos caídos en cruz, los pies cruzados encima de la banqueta donde vendrán a sentarse dos personas. Cristos crucificados en el aire y que nunca llegaron a la edad de treinta y tres años! Escupirán sus pulmones en agonías terriblemente dolorosas. No puedo apartar la mirada de estas piernas frágiles pero que dan vueltas como una mecánica perfectamente engrasada. Por el esfuerzo, tienen los ojos desorbitados y una saliva espesa en las comisuras de sus labios como caballos de carrera. Muchas veces ni siquiera son propietarios de sus rudimentarios vehículos. Solo sirven de gasolina y trabajan para un amo quien les paga una miseria. Ya no puedo soportar tantas miserias de un solo golpe y no consigo el sueño a la hora de acostarnos.

Llegamos a Jaipur, la ciudad rosa. Seguimos la avenida que desemboca en el gran cruce de Manik chowk donde están esperando los floristas que venden sus guirnaldas de rosas y jazmín y sus cestos de flores multicolores, listos para las ofrendas. Las filas de casas idénticas, pintadas de rosa realzado de blanco hacen pensar a un decorado de teatro. El palacio de los vientos es solo una fachada en la cual se abren una multitud de ventanas de donde las mujeres en el pasado, recluidas en el gineceo, podían observar el espectáculo de la calle. Nos dejamos llevar por la muchedumbre que va a la fiesta de los elefantes.

Ante todo, no lo he visto, solo le he oído decir:” Hello!hello!hello!”No puedo mas recomponer su rostro pero su mirada esta todavía invadiendo todo mi ser en el momento de pensar en el y se esconde en los repliegues mas secretos de mi alma. Y esta letanía de “hello”, pronunciados por la voz de este muchacho, de este crio mendigo, tenía una tonalidad idéntica a la voz usada de un disco rayado dando vueltas en un viejo gramófono que nada ni nadie iba a poder detener. Me seguía y se quedaba a la altura de mis zapatos. Otros niños trataban de espantarlo, de apartarlo

de mi, pero cada vez que me adelantaba, se hacia mas suplicante, se transformaba en reptil de la acera. Tocaba mis zapatos con sus pequeñas manos, las ponía después encima de su cabeza en señal de sumisión y los tocaba otra y otra vez, depositando besos para parar su andar. No se atrevía a levantar los ojos mientras yo bajaba los míos llenos de las lagrimas de la impotencia. La distancia que nos separaba ya no era real. Mi corazón latía al mismo ritmo que el suyo, su pequeño corazón hinchado de la esperanza de recibir un pan, un dólar, el mío ya reventado de la desesperanza de no tener nada que darle (había salido sin dinero) con mis falsos aires inocentes de turista inconsciente. Tenía mi mano crispada en mi bolsillo, cerrada sobre un bolígrafo nuevo que podría servir de regalo. Pero de que sirve un bolígrafo a un niño que tiene hambre? Y a medida que avanzábamos hacia el centro de la ciudad, la multitud se hacia mas densa .Mi niño tenia cada vez mas dificultad a colarse entre todas estas piernas y estos zapatos. Temía en cada momento que alguien le pisara los dedos. El bolígrafo penetraba en la palma de mi mano y se clavaba en mi corazón como una espada que se hundía en el más profundamente a cada “hello” repetido por el muchacho.

Y, detrás de el, venían diez, y detrás de los diez, venían cien, miles en todas las calles de la India. Entonces me puse de rodillas y el niño se ha parado el también, sorprendido. Nos hemos mirado intensamente y yo le dije:”Hello!”Extraí de mi bolsillo el bolígrafo y juntos lo hemos mirado. Era un magnifico bolígrafo pintado con los colores del arco iris. Sus ojos brillaron. Por un momento he visto en ellos unas estrellas multicolores. Ha cogido en sus manos tan diminutas el bolígrafo, lo ha apretado contra su corazón y se escapo a toda velocidad, desapareciendo en la muchedumbre.

Visitamos la ciudad de Agra. Testigos de una época gloriosa: el Taj Mahal y el fuerte rojo. Esta octava maravilla del mundo que es el Taj Mahal es un poema de amor de mármol blanco. Edificado de 1632 a 1648, fue encargado por el gran Mogol, en recuerdo de su difunta esposa Mumtaz Mahal. Es interesante relevar que trabajaron en su edificación o decoración ingenieros turcos, calígrafos persas, decoradores venecianos, orfebres franceses y paisajistas del Cachemir. Plantado en medio de antiguos marjales, sí tenéis la suerte de llegar a una hora matutina, cuando las brumas se rompen con los gritos de los buitres (ellos también presentes en todas partes en India), no tendréis ningún reparo a creer que este edificio esta flotando y que acaba de ponerse aquí, listo para irse otra vez, flanqueado por sus minaretes-cohetes, hacia otras galaxias. Los jardines que rodean el Taj Mahal forman una área de paz. Familias indias envueltas en sus vestidos multicolores son las flores en movimiento de estos espacios verdes. Observo unos niños que forman una ronda alrededor de un matorral. Estos son felices y despreocupados bajo

la mirada bondadosa de sus padres. Me apaciguan y me tumbo en la hierba. Cierro los ojos y trato de borrar la imagen del muchacho que me había seguido en Jaipur, de integrarla mentalmente a los niños de aquí, pero en vano. Un susurro de alas y unos gritos raucos me despiertan de mi letargo. Dos carroñeros se han puesto en una rama del árbol frente a mí, mientras otros dan vueltas en el aire, esperando una señal. Los habré decepcionado, levantándome a toda prisa y forzándolos así ha encontrar otra comida!

Para tener acceso al fuerte rojo (pintado todo de blanco por los Ingleses!), hay que atravesar un pequeño puente. Los olores se hacen tan sofocantes y tan espesos que automáticamente cada uno avanza arqueándose hacia delante, como si el aire mismo tuviera algo de sólido que hay que empujar. A la salida, un grupo de niños nos esta esperando.

Se trata de una horda de minus-válidos que sobreviven, Dios sabe como, de las monedas dejadas por algunos turistas. Uno de ellos anda a cuatro patas y se desplaza de una manera desordenada, un poco a la manera de un cangrejo .Se parece a una araña amputada de la mitad de sus miembros. A pesar de su terrible achaque, puede desplazarse con una extrema velocidad. Llega hacia nosotros y se agripa a las piernas de mi amigo. Un poco más lejos, otros niños están imitando a este compañero de infortuna para captar la atención de los pasantes pero se alejan a toda prisa corriendo con sus buenas piernas cuando se arroja sobre ellos el verdadero impedido. Juegos de niños desheredados, danzas rituales y macabras que acompañan la miseria sobre todos los tonos a todas las encrucijadas de la India!

Ciertas personas me dicen que hay que acostumbrarse al sufrimiento de los demás. No se encontrar este camino en mi mismo. Me dejo invadir completamente por este dolor omnipresente en la India. Creo que cada uno solo puede acostumbrarse a su propio dolor. Uno trata de soportarlo, de domesticarlo, de transformarlo, de sublimarlo. El sufrimiento de los demás y sobre todo el de los niños me deja sin respiración. No como más, no duermo más. El interior de mi cabeza esta en ebullición, mi cráneo a punto de estallar. Pensando recuperarme un poco, esta noche, vamos acostarnos temprano.

A penas estoy tendido en mi cama que el espacio de la habitación se llena de personajes monstruosos. Trato de sacudir mi razón, de encontrar una explicación a este fenómeno. Culpo en vano los juegos de los reflejos proyectados por las lámparas de la calle y los faros de los coches a través de las cortinas. Las imágenes que se materializan en el espacio se suceden las unas a las otras con frenesí, como una película que se desarrolla a toda velocidad. Cuando me levanto, me rodean, rozándome ligeramente, siguiendo su loca zarabanda. Salen de una

estamparía que todavía desconozco y que me impresionara cuanto mas, cuando me enfrentare a ella en los templos nepalíes Las fuerzas registradas como negativas, sueltas por estos especies de demonios acaban de cansarme. Hay uno en particular, que me llama con sus diez brazos, para que entre en su ronda. Para escaparme de el, voy a encerrarme en el cuarto de baño. El hecho de encender la luz de repente hace huir una miríada de cucarachas, por el efecto sorpresa pero las más gordas caen en la bañera. Mueven sus antenas afiladas y tratan de subir las paredes lisas de su trampa. Cuando creen conseguirlo, recaen y empiezan otra vez y recaen. Las estoy observando y pienso que están a la imagen de esta locura que me esta invadiendo. Quizás nunca mas lograre escapar de los monstruos que me visitan? Alguien, sin que lo sepa, me habrá drogado? Por cierto había masticado unas semillas que un mercante ambulante había vertido en mis manos señalándome de comérmelas. Para no herir su gesto amical, las había engullido. Después de salvar con papel higiénico, las cucarachas de su infortunio, a penas estoy otra vez tendido en mi cama que los monstruos llegan de todas partes. Atraviesan las paredes, vienen siempre más numerosos y están pintados de colores vivos donde domina el rojo sangre y el amarillo azafrán. No pudiendo mas soportar su presencia, vuelvo al cuarto de baño con un libro cuya lectura había empezado en el avión, prometiéndome de pasar lo que quedaba de noche en compañía de las cucarachas, mejor que de continuar con la de los monstruos. Veo las palabras, los espacios entre ellas. No comprendo la relación entre ellas. Se perfectamente el significado de cada palabra y soy incapaz de comprender el sentido de la frase que están formando. Estoy seriamente inquieto. Esta última experiencia acaba con lo que me queda de razón. Una angustia próxima al pánico me agarra a la garganta. Por fin, con la primera luz del día, todo vuelve a la normalidad en esta habitación de hotel de Agra. No hablo con nadie de todos estos fantasmas. Se perfectamente que no he dormido y trato de esconder esta noche extraña en lo mas profundo de mi ser.

Una leyenda cuenta que todo iba mal. Los demonios atormentaban a los ermitaños, la lluvia ya no caía, la tierra se iba secando cada vez mas mientras en el cielo, se reflejaban en las noches claras, las aguas de la “ganga”, el famoso río divino, nuestra vía láctea. Gracias a la intercesión de los dioses, el río bajo en la tierra y su agua lavo los hombres de toda mancha, (quizás nuestro diluvio!)

Construida en la orilla izquierda del río, Benares, ciudad santa del hinduismo, baña sus famosas escaleras largas de casi cinco kilómetros, prolongadas en altura por palacios, hoteles, templos, hospitales, pináculos y, posados en cada sobresaliente, los buitres con la mirada vigilante.

Morir en Benares, es liberarse del ciclo de las reencarnaciones. Los peregrinos vienen aquí para liberarse de sus culpas y para arrojar en el Ganges las cenizas de sus parientes fallecidos y cumplir con los ritos funerarios a sus intenciones.

Llegamos a Benares a la caída del día. Subimos a unos rickshaws que se siguen en fila india y que tienen que conducirnos a las orillas del río. Para hacerse un camino en la densidad de la muchedumbre y en la intensidad del tráfico, sus campanillas suenan como un grito en la pesadez y la espesura del aire que se vuelve graso. El desorden de las calles es increíble. Una bicicleta extraña nos adelanta. En el portaequipajes ha tomado sitio un cadáver completamente encogido y mantenido a su sitio por unas lianas espesas. El repartidor de cadáveres tiene prisa y le veo pasar por debajo de un elefante alrededor del cual se congestiona el tráfico.

Malolientes humos penetran en nuestras narices, nuestras gargantas, fluyen en nuestros bronquios, invaden nuestros pulmones. Proviene de todas estas barbacoas ambulantes, cuyos vendedores atizan el combustible hecho con excrementos vacunos secados al sol, donde están asando no se sabe que comida. Se hace comercio de flores, de collares, de ofrendas de todo tipo, de leña, de polvos colorados donde domina el bermellón, de pequeñas estatuas, de amuletos, de imágenes santas, de todo lo que, de cerca o de lejos, puede servir al culto de la muerte. Pero estos olores de humo a la vez más dulzones y más hastiosos nos llegan desde más lejos. Estamos llegando a las orillas del Ganges y directamente subimos a una barca que nos lleva hasta los ghât de las cremaciones. El olor se hace más preciso, sin equivoco, el de la carne humana quemada al aire libre.

Llegando de noche por el río al ghât Manikarnika, es un espectáculo dantesco que nos está esperando. A penas fuera de la barca, realizamos que nos encontramos en medio de las piras y las ceremonias. No podemos quedarnos aquí, plantados. La única vía posible es abrirnos paso entre los lugares de cremación, subiendo uno a uno los peldaños resbaladizos de la gran escalera temiendo en todo momento terminar en las hogueras, puesto que el sitio solo está alumbrado por las llamas. Es atravesar el infierno. Nos reagrupamos en un balcón disimulado en la oscuridad de la noche y el humo desde el cual podemos observar los ritos funerarios, sin molestar a nadie.

Envuelto por un sudario que deja el rostro a descubierto, ornado de guirnaldas de flores, el difunto está atado a una parihuela. Los hombres de la familia le llevan corriendo hasta el Ganges. Se inmerge el cuerpo, se hace fluir un poco de agua entre sus labios de mármol. Entonces los empleados de los crematorios se hacen cargo del cadáver y le ponen encima de la

pira. El hijo mayor o, a defecto, el miembro mas próximo al difunto, prende el fuego con una entorcha dando cinco vueltas. Después de una hora aproximadamente, el cráneo explota y el alma del muerto puede evadirse de su prisión. Entonces, todo el mundo baila para expresar su alegría. La cremación una vez terminada, huesos calcinados y brasas se lanzan al río sagrado.

La muchedumbre esta tan mezclada que a primera vista no se puede saber quien pertenece a las familias de los muertos. Delante de cada hoguera, un hombre medio desnudo, provisto de una larga percha de madera, de vez en cuando torna los cuerpos medio calcinados. Hay que tener mucha experiencia para dar la vuelta a un cadáver en el momento idóneo para que, ejecutando la maniobra, se rompa en dos trozos que recaen en el brasero que se anima y lanza carbonillas en todas las direcciones. Entonces, de repente, es el ruido característico de un cráneo que explota: una explosión seguida de un ruido parecido a un balón que se deshincha. Una chica joven da vueltas como un derviche sin parar y termina desplomándose en el suelo. Un anciano completamente desnudo se avanza con dignidad sin preocuparse de lo que esta pasando a su alrededor.

Desde la terraza donde estábamos, cojemos en fila india las estrechas callejuelas que van subiendo hasta una plaza. En el suelo hay una alfombra de moribundos,(pero se confunden los moribundos y los muertos), de leprosos, de niños mutilados, de gente sin edad, sin rostro que invaden todos los accesos al ghàt. A las puertas de la muerte, los vivos suelen ser más generosos y los monederos se van abriendo. Un poco más lejos nos acosan unos mercantes de conos y barritas de incienso, de guirnaldas de flores, de collares de jazmín, de brazaletes de capullos de flor de azahar.

Una corriente de gente nos desvía hacia el templo de oro, pero se nos prohíbe la entrada. Erigido en medio de esta marea de miseria humana, esta montaña de oro puro me hace pensar que en cada religión existen estos monumentos de orgullo y de riqueza. El cristo, por ejemplo, tiene que continuar de sofocar en custodias de oro, de hundirse en cálices incrustados de piedras preciosas, el que solo ha querido la paja del pesebre y la madera de la cruz? Todas estas imágenes dan vueltas en mi cabeza a una velocidad vertiginosa. Mi cerebro se ha convertido en un kaleidoscopio que multiplica e inventa las imágenes al infinito. En el camino de regreso al hotel solo puedo rezar cambiando las palabras del Pater Noster, diciendo:” Darles hoy nuestro pan de cada día”.

El día siguiente por la mañana, todavía ebrios de las fascinaciones de la noche, salimos antes del amanecer de manera a encontrarnos en el río antes que salga el sol. Se abre entonces uno de los más bellos espectáculos que se pueda admirar en el mundo. La barca que nos hace bordear las orillas de Benares es silenciosa. Una muchedumbre de peregrinos baja los peldaños de los

diferentes ghats y practica sus abluciones rituales. Entre ellos ya se han instalado los vendedores de galletas, los barberos, las lavanderas, los adivinos, los curanderos, los sabios y sus colas para la consulta, los masajistas. Imaginaros toda esta gente vestida de colores tornasolados, de amarillo, de naranja, y de azul y blanco. El tiempo se ha detenido. Estrechas columnas de humo blanco son los únicos testigos de las cremaciones de anoche. El aire esta inmóvil y cada gesto parece desarrollarse con lentitud y armonía .Los buitres parecen convertidos en estatuas de piedra.

Una pequeña embarcación se acerca a la nuestra. Una chica, hermosa como una princesa nos tiende una hoja verde en el corazón de la cual vierte un poco de aceite y deposita unos pétalos de flores y un pabilo a cambio de unas rupias. Es el momento de pensar en un deseo y la mirada sigue aun por mucho tiempo estos pequeños barcos iluminados, cargados de esperanzas, islas que se van hacia el mar. Me doy la vuelta al momento preciso en el cual el cadáver de un niño choca contra el lomo de la barca. No me sorprendo mucho porque sabía que los niños que mueren antes de los siete años no se queman. Se les ata una cuerda con una piedra y se depositan en medio del río. Después de un tiempo, los peces y las corrientes rompen las amaras, el cuerpo hinchado sube a la superficie y empieza su deriva flotando, siguiendo el río hasta el mar. La India y sus contrastes, su olor fétido y su gusto de eternidad, la dejamos mañana por el Nepal.

Saliendo del avión, en Katmandú, el aire más ligero, más fresco, más respirable es una agradable sorpresa. No voy a describiros los monumentos, los paisajes, las ciudades, los templos, las estupas y las pagodas a los tejados superpuestos. Eso se puede leer en cualquier guía turística pero quisiera decir que es una de las partes del mundo más bella.

“Namaste” nos dicen las gentes que cruzamos y juntan las dos manos a la altura del corazón y inclinan la cabeza con respeto, lo que se puede traducir por “Saludo al Dios que vive en ti”.Este simple gesto, esta formula para saludarse dará su verdadera dimensión a nuestra corta estancia en el valle de Katmandú. Ya no hace falta la palabra para entrar en contacto con el otro. El lenguaje de las miradas basta. Viniendo de una India enferma y miserable, aquí todo habla de esperanza aunque este país en realidad sea más pobre todavía. Las estadísticas oficiales me dicen que para sus diez y ocho millones de habitantes, hay cincuenta dentistas, una enfermera para diez y ocho mil personas y que la renta anual por cabeza es cien veces inferior que en Suiza!

Menos mal que existen otras riquezas mucho mas verdaderas y profundas que no se calculan en producto interior bruto! En un territorio cuya superficie es cuatro veces más pequeña que la de Suiza, se hablan treinta y cinco idiomas. Las dos grandes religiones que son el hinduismo y el budismo hasta la fecha no son antagonistas pero complementarias y viven en excelente armonía. Coexisten con el bönismo, el tantrismo, y las religiones musulmana y cristiana. Cada miembro de una u otra corriente espiritual honora y participa por ejemplo a las fiestas religiosas del otro. La diosa viviente del Nepal, quien es para los hinduistas, la representación viviente y actual de la diosa Durgâ, esta elegida a pesar de eso y por tradición siempre en una familia de descendencia budista!

No olvidemos que el Nepal es también el país de las montañas mas altas del mundo y que el Everest es el punto culminante de nuestro planeta! Ya me parece una buena razón para sentirse cerca de los seres celestiales! Es el país de los dioses, de la Kumari, del Yeti quien, como lo veremos, no tiene nada del abominable hombre de las nieves!

Dioses y demonios están presentes en los templos, en las calles y están representados. Reconozco de una manera indubitable y precisa una parte de esos que habían venido a perturbar y poblar mi noche de Agra y en particular la diosa con diez brazos: Durgâ. Como una divinidad se ha impuesto en mi espíritu, algunos días antes de ver su representación y de oír hablar de ella por la primera vez en mi vida, será siempre un misterio. Se dice de Durgâ que es inaccesible y que ejerce su poder en el sentido de la clemencia o del castigo, pero que bendice con amor y reconocimiento a los que aspiran a la realización de Dios.

A medida que se efectuaban las visitas en grupo en los templos, me sentía cada vez mas alejado de los otros compañeros de viaje. Sus conversaciones llegaban a mis oídos como un ruido de fondo al cual era incapaz de prestar ninguna atención. Tenia dificultades para continuar aceptándolos y hubiera querido tanto que se ocupasen únicamente de lo que yo juzgaba como esencial! Pero me encontraba solo en este duelo propuesto por los dioses! Me sentía investido de una energía nueva y podía sentirla al nivel de cada célula de mi cuerpo a medida que nos íbamos acercando a una stupa. La stupa es una derivación del antiguo túmulo, erigida sobre reliquias excepcionales y simboliza la entrada en el Nirvana. Este monumento en forma de domo representa el cráneo del buda. Lo domina normalmente una torre cuadrada que se termina por un campanario a la cumbre del cual se encuentra el paraguas que protege el mundo. Los ojos del buda están en general pintados sobre las cuatro fachadas de la torre y vigilan con bondad el mundo.

Dábamos la vuelta a los templos antes de entrar en ellos, siempre de izquierda a la derecha y con los dedos, como todos los peregrinos recogidos, rozaba los molinos de rezar que empezaban a girar con las impulsiones dadas. Me gustaba imaginar que todos estos molinos de rezar eran los rodajes precisos de la inmensa mecánica de un reloj celestial que presidía a nuestro destino. Me dejaba llevar por mi intuición, haciendo girar ciertos cilindros, frenando otros. Me encontraba en estado de oración intensa y todavía ignoraba que estos cilindros están huecos y contienen formulas sagradas cuyos meritos uno acumula, haciéndoles girar.

En Katmandú este día, mucha sangre todavía en los adoquines a la hora de llegar. Han tenido lugar sacrificios de animales. En nuestras tierras se diría que se ha hecho la matanza. Esto se hace en pleno día, en la plaza publica, delante de un templo. Cada uno puede así constatar que el animal matado y despedazado esta sano. La carne se vende, una parte se da a los pobres y hasta los perros tienen su parte del festín.

No se como, siguiendo la muchedumbre, habíamos llegado al patio de un palacio de madera del siglo diez y ocho: el Kumasi Bahal, lugar de residencia de la diosa viviente: la Kumari.

A lo largo del camino que nos había conducido hasta aquí, alguien se había tomado la molestia de darnos largas explicaciones a las cuales no había prestado atención. No tenían que faltar de interés, pero en medio de tal muchedumbre de gentes, de imágenes fuertes y nuevas, de sonidos inhabituales, no podía concentrarme. Pero de repente, lo que iba a ser para mí lo esencial, se hizo muy claro en el discurso de este señor. Explico:” Esta diosa viviente, ningún hombre puede casarse con ella, ni quiere, porque la leyenda cuenta que este que declara su amor muere en los tres meses que siguen.”

Para mi, en eso residía mi desafío interior! Como un pueblo podía dedicar tal culto, tal amor a una persona promovida al rango de Diosa y al mismo tiempo profesar tal miedo? Tenia presente en la mente esta magnifica palabra de San Juan:” El amor que conoce el miedo todavía no es el amor.”Me puse entonces a desafiar a todos los Nepalíes y no podía creer que ninguno de ellos no se hubiera casado nunca con una Kumari. Me habían gustado estos molinos de oraciones, iba a luchar ahora contra molinos de viento? De todos modos no hacia falta nada mas a mi corazón para que se siente de repente caballeresco y se sienta seriamente implicado en esta historia de amor. Es por eso que yo, sencillo turista dentro de los turistas, antes de que la Kumari aparezca a la ventana de su palacio, le hacia la promesa solemne de casarme con ella, desafiando su destino, el mío y el del mundo. En ese momento me invadió la angustia de ver aparecer una vieja muy fea y mala. Pero como para disolver esta nueva locura de mi mente, apareció, graciosa y divina, una niña pura, a la mirada inteligente, en el cuadro de la ventana. Mi corazón

dejo de batir, mis pulmones dejaron de respirar y pude constatar que toda la muchedumbre retenía su aliento y estaba pasmada. Nunca habéis encontrado una verdadera Diosa? Eso solo es posible allí, en Nepal.

La Kumari es la diosa viviente de los Nepalíes. Esta elegida según unos criterios bien particulares. Tiene que tener menos de tres años. Su cuerpo no puede presentar ni la mínima imperfección y tiene que llevar los treinta y dos signos distintivos, marcas reales y corporales, que señalan la futura Diosa. Para acceder a este rango de niña-diosa, la chiquilla tiene que sufrir pruebas terribles de inteligencia y de valor. Por ejemplo, tiene que asistir, sin gritar y sin llorar, en los brazos de su madre o pariente, a la sorprendente jornada de sacrificios durante la fiesta de "Dasain". Un número importante de animales están decapitados mientras la muchedumbre grita y vocifera. La chiquilla presentida para llegar a ser el receptáculo divino, llevando encima de la cabeza una pequeña lámpara de aceite cuya luz es la única para alumbrar el lugar, tiene entonces que atravesar una habitación oscura cuyo suelo está cubierto de cabezas de búfalos y cabras sacrificados. Si no muestra señal de miedo, tiene todas las posibilidades de llegar a ser la Kumari. Una vez diosa, pierde su nombre. No puede ni hablar, ni ir a la escuela ni andar en el suelo fuera de su palacio. Será venerada por el pueblo y por el rey mismo puesto que es ella que detiene el poder de mantener el reino del Nepal en la armonía. Vínculo entre lo divino y lo humano, imponiendo el respeto y el reconocimiento de este lazo, solo será diosa algunos años. A la aparición de la primera gota de sangre, (una herida cualquiera, sangrar por las narices, o cuando aparece la primera menstruación) pierde todas sus prerrogativas, vuelve a ser humana y se elige a otra. Aunque actualmente, las antiguas kumaris reciben una renta estatal, su suerte antiguamente era desesperada. La joven diosa estaba abandonada a sí misma incluso por su familia, en la calle, sin socorro, y todo el mundo se alejaba de ella por miedo de morir! Cuantas han sido encontradas, mendigas sobre los peldaños de un templo o prostitutas en las calles de Calcuta?

El día siguiente de esta visita al palacio, nos encontrábamos en una calle comercial, no muy lejos de Durbar Square. Estábamos saliendo de una tienda. Al mismo instante la muchedumbre se aparta, se pone de rodilla y se recoge para dejar paso a la Kumari. Llevada a andas por cuatro hombres que van al paso ligero, hace parar su vehículo, se da la vuelta encima de su cojín y me fija con una mirada penetrante a la cual no puedo escapar. Había en esta mirada asombro, potencia, persuasión, precisión: ningún espacio para el azar de cualquiera interpretación o sentimiento. Admiro la perfección de su maquillaje, sus ojos amplificados por anchos trazos de khôl y su tercer ojo pintado en la frente en un triángulo de carmín. Su mirada me había

atravesado. Podía ser víctima o compañero: mi suerte solo dependía de ella. Continúo su recorrido, dejándome perplejo en la medida que acababa de saber que era una suerte increíble encontrarse con la Kumari fuera de las fiestas oficiales, y además ser mirado de esta forma.

No os diré si termine casándome con ella porque todavía la vida no se ha terminado, pero tengo su retrato en mi dormitorio. Es mi diosa particular y mi amiga desde este día.

A lo largo de la avenida central Durbar Marg, en el edificio que ampara el hotel Scherpa, hay un restaurante que se llama “Café de la paz”. Una noche comemos en el una pizza, en una sala bañada de luz amarillenta. Frente a mí, en la pared, está suspendido un cuadro cuya representación me resulta tan familiar que a primera vista no le presto ninguna atención particular. Este cuadro representa un puente suspendido, de madera, que atraviesa un valle al fondo del cual corre un río. En el primer plano, hay un pastor que conduce sus ovejas. Os entran ganas de seguirlas y, a medida que vuestra mirada se va perdiendo en el cuadro, siguiendo el puente, dejando atrás las ovejas, os dais cuenta que este puente no tiene fin, o por lo menos que no podéis ver el final. Es difícil estimar la distancia a la cual el puente y el cuadro mismo desaparecen en una bruma cada vez más espesa y que no deja adivinar nada de la otra orilla.

Este puente podría llevaros a ninguna parte o apoyarse en el vacío. Me doy cuenta que, sin contar con los árboles que son de otra especie, con el pastor y sus ovejas que pertenecen a otras razas, el cuadro es la réplica exacta de este que miraba en mi infancia, cuando íbamos de visita en casa de mis abuelos paternos en La Chaux-de-Fonds . Y, coincidencia suplementaria, la familia de mi padre vivía en la calle de la Paz, número ciento diez y nueve!

Puedo decir que este puente, lo conozco tabla por tabla y cuando, niño, me adormecía en las sabanas pesadas y olorosas de la enorme cama que había preparado mi abuela para acostar sus pequeños nietos, es el camino que tomaban mis sueños nocturnos. Años seguidos, soñé con este puente que nunca llegaba a cruzar. Pero, de sueño en sueño, y creciendo, avanzaba cada vez más lejos aunque sabiendo de antemano antes de tomarlo, que esta aventura iba a terminar en una de mis pesadillas habituales. El puente se rompía siempre pero cedía con una lentitud calculada que me permitía acomodarme mi caída para no romperme los huesos. Llegaba sano y salvo al fondo de un valle, en el lecho seco de un río. A penas me relevaba de mi asombro que un ruido de agua me decía que una presa se había roto más arriba. Dos niños despreocupados, un niño y una niña, estaban jugando con unos guijarros. Los cogía de la mano y corríamos los tres para remontar la pendiente .Pero los pequeños no podían seguir y ya se veía llegar la pared de agua borboteando a unos centenares de metros! Cogía los niños debajo de los brazos y lograba siempre salvarnos

in extremis, la masa de agua tragándose todo a su paso con tremendo ruido y su superficie rozando la planta de mis pies.

Pero la verdadera aventura de este viaje empieza en el momento cuando despegamos de Katmandú con la envidia de volver un día para descubrir mejor este maravilloso Nepal. Desde la ventana del avión, no tengo ningún reparo en situar en estas tierras el futuro paraíso terrestre, mejor situado que en el valle del Indus, mejor que entre el Tigre y el Euphrates, mejor que en ninguna otra parte del mundo.

Todo transcurría con normalidad en el avión que nos conducía de vuelta a Europa y sin embargo, me sentía particularmente nervioso. Observaba mis compañeros de viaje y el resto de los pasajeros. Grupos se iban formando a merced de las conversaciones. Sobre una gran pantalla, se proyectaba con regularidad un mapa con el simulacro de nuestro vuelo. Iba indicando la posición del aparato, el camino recorrido, el itinerario a seguir y la altitud. Las azafatas vacaban a sus ocupaciones.

De repente, en esta pantalla que estaba observando, vi un hombre hirsuto quien, con la ayuda de un garrote corto que le servía de palanca, trataba de desplazar un bloque de piedra para despejar un camino ya muy estrecho y que bordeaba un acantilado. Un escalofrío me heló la sangre. Como era posible que de todos los pasajeros del avión, era yo el único en reconocerme? Pues, sin ninguna duda, ese hombre primitivo, era yo! La prueba la tenía en el hecho que desde mi plaza dentro del avión mi mente tenía esta capacidad de prever y como de crear sus movimientos. Entonces después de haber hecho rodar la piedra y empujarla en el barranco, seguí el camino hasta una caverna resguardada pero húmeda. Penetre en ella, y, entrando, las imágenes desaparecieron de la pantalla. Vi otra vez el mapa con la localización del avión y una azafata me preguntó: “ Le apetece beber algo, señor?”

Mi vaso en la mano, no podía apartar mis ojos de esta pantalla mágica.

La extrañeza de la situación iba amplificándose. Cada vez que un pasajero se daba la vuelta, reconocía a alguien quien, de una manera o de otra me había sido muy cercano a lo largo de mi vida. Mi razón me decía con fuerza que eso era imposible pero no me servía de nada de negar tal evidencia! Todo pasaba como si los seres que había amado en mi existencia venían sobreponerse a los pasajeros anónimos del avión. Ya había vivido en primicia esta impresión muy violenta mientras estábamos esperando en los pasillos del aeropuerto de Delhi. Las personas no eran solamente lo que eran actualmente. Las veía a través de otras vidas y me parecía sumirme en el más íntimo de su ser. Llamé algunos por un nombre que les había probablemente pertenecido puesto que se inmovilizaban súbitamente y se daban la vuelta sin

razón aparente. Cada cual puso su mano en la frente con una expresión perpleja. Experimentaba yo mismo el hecho que en cada uno de nosotros coexisten varias dimensiones: la de la persona única y la de la totalidad del grupo o de la humanidad.

Mi asombro venia mas bien del hecho de no encontrar algunas personas cuya presencia hubiera querido y las buscaba con la mirada en el avión. Otro escenario se jugaba en la pantalla. Un paisaje llano, canales, marjales. En los canales crecía una hierba verde que se enraizaba en el cieno y cuyas hojitas venían abrirse a la superficie del agua. Me duelen los hombros. Tengo los pies que se hunden en el lodo y soy este pescador tirando de su red. Muy alejados, otros hombres desarrollan la misma actividad. Observo los pasajeros para ver si mi nueva película les interesa. Muchos se han dormido y la pantalla se apaga momentáneamente

Entonces, sin transición, se ilumina de todos sus fuegos, en plena luz sobre los campos de trigo dorado. A mi alrededor, el silencio, perforado por algunos graznidos de cuervos y antes de todo, este olor de paja aplastada, un poco húmeda pero ya calentándose al sol de la mañana. Me veo de espaldas pero se que soy este hombre en medio de las espigas.

Tengo violentos dolores en la cabeza. Se que es el precio que tengo que pagar para llegar al corazón de las cosas. No puedo pintar el color de la paja si no me hago paja misma, por lo menos por un instante. Los colores me causan obsesión, fluyen en mí como entidades propias. No puedo más. Y toda esta gente, estos espectadores, eso no les interesa ni lo más mínimo! Elijo entonces el más gordo de mi pincel y desde detrás de la pantalla, tendida como una tela de vidrio transparente, embadurno de rayas espesas amarillas y marrones entremezcladas que se convierten en paja. Obscurecen poco a poco la pantalla de mis visiones y firmo Vincent Van Gogh

Mi dolor de cabeza se hace insoportable con esta impresión que mi cerebro mismo esta en ebullición. Me encuentro proyectado en un estado de transe cuyas manifestaciones inquietan a mis vecinos. Conservo un estado de conciencia bastante claro para rogarles de no tener miedo y sobre todo de no tocarme en estos instantes. Cierro los ojos y empiezo un viaje dentro de mi cuerpo siguiendo los trayectos de mis neuronas. Como solo puedo contactar con ellos físicamente desde el exterior, me hago masajes tan espontáneos como improvisados, y mi respiración se acelera por momentos, con largos tiempos de parada. Es la razón por la cual me doy golpes violentos con el puño encima del cráneo, que clavo con insistencia mi índice derecho en un punto que se encuentra entre el ojo y la nariz. Cada expiración me indica exactamente el lugar donde hay como un nudo en mi cuerpo. Mis manos van solas al encuentro de estos puntos dolorosos. Empiezo a contorsionarme en mi sillón y la gente pide ayuda, pensando que me

encuentro muy mal. El capitán del vuelo se presenta a mí. Es un hombre alto, muy quieto al cual digo muy placidamente:” Usted no tiene que preocuparse por mi, y sobre todo no haga nada en absoluto. Se que todo puede parecer extraño pero tengo que pasar por esto sin que sepa el porque. Lo único que le pido es un vaso de agua fresca, por favor.”Sin insistir, se marchó y poco después la azafata me puso un vaso de agua en la bandeja. Mis amigos me exhortan con amabilidad y inquietud a bebérmelo. Para mi, el momento de beber todavía no ha llegado. Comprenden el gesto de rechazo de mi mano. Tengo todavía que inspirar, expirar, triturar mis miembros, deshacer unos nudos invisibles, exteriorizarme de mi cuerpo y penetrar otra vez en el en un ritmo que se vuelve mas regular, mas tranquilo. Tomo entonces este vaso de agua como si fuera la primera vez que voy a beber. Primero, a penas mojo mis labios y pruebo el sabor del agua absoluta. Gozo de un placer enorme comulgando con el elemento liquido y disfruto de cada trago que penetra en mis entrañas, en mi cuerpo, que invade mis células. Me baño en este agua milagrosa y me bautizo en un ser nuevo. Me siento nuevo y mis amigos me confirmaran los días siguientes que estos momentos de crisis iban acompañados de cambios físicos visibles y espontáneos, de una especie de rejuvenecimiento, de transfiguración.

Mi dolor de cabeza ha desaparecido. Me siento bien. Lo digo a mis vecinos, pidiendo perdón por un comportamiento que no llego a explicarme. Me siento completamente seguro y feliz, tranquilo y calmado. Pienso que, como todo el mundo, voy por fin a poder dormir.

La pantalla se enciende otra vez pero ahora, se que solo soy yo, el único actor y espectador de los cortos metrajes del circo de mi alma que van a seguir. Se por otra parte que no estoy relatando sueños de un estado de sueño. Estaba perfectamente despierto, compartía completamente todas las sensaciones de un vuelo largo que se desarrollaba de manera normal y me comunicaba de vez en cuando con la gente.

La nieve invadía toda la pantalla. Hacia un frió intenso y tenia muchas dificultades para avanzar, alzándome mas bien que andando en una espesa capa de nieve recién caída. Sabía que el me estaba esperando a la vuelta de este montón de nieve acumulado por el viento.

Aquí estaba, efectivamente, potente, tranquilo, sentado en sastre, hermoso con algo más bien de tristeza que de terror en su mirada. No dijo nada, no hizo ninguna señal pero una fuerza invisible me atraía hacia el, una fuerza física. Estábamos frente a frente. El yeti me parecía el ser mas solitario del mundo y sentí por el una enorme piedad. Quería decirle algunas palabras de consuelo pero, cuando mi lengua se deslizo, me la arranco. No experimente ningún dolor pero vi una mancha roja en la nieve. Movié los labios para decirme algo de importancia, pero todo

pasaba como en una película muda. Es cuando me di cuenta que también me había arrancado las dos orejas. Solo me quedaban los ojos para hacerle comprender que le quería. Me los saco de sus orbitas, lo que provoco una noche instantánea.

-“Puedes venir conmigo y serás mimado como un niño. Te llevare a todas partes y te daré calor en cada momento. No tendrás que temer nunca mas nada” me dijo el yeti “Puedes hacerlo aunque no te lo aconsejo puesto que tienes que buscar en otra parte. Te he devuelto tus orejas. Te vuelvo a dar tu lengua y en el momento de poner otra vez tus ojos en sus orbitas, me verás una última vez y desapareceré.” Se puso de pie abrió sus brazos, las manos tendidas hacia mi. Quise saltar en sus brazos. Vi al último momento que solo tenía cuatro dedos en cada mano. Faltaba el pulgar. Este choque freno mi impulso. El aprovecho el momento para darse la vuelta y veré aun durante mucho tiempo esta espalda triste y curvada alejarse y desaparecer en las inmensas extensiones blancas del Himalaya. Llore.

Constate que todo el mundo se había dormido en el avión y esta vez, caí en un sueño profundo y soñé que un ángel venia a visitarme, para prestarme sus alas benditas gracias a las cuales pude entrever la felicidad de luz que va inundarnos todos en esta patria suprahumana, cuando participaremos de Dios, cuando nos habremos convertidos en Dioses.

Me estaba paseando en la orilla del mar, observando este limite, siempre cambiante del agua y de la arena con el movimiento de las olas. De la manera mas natural del mundo y sin que eso me causara ninguna sorpresa, me cruce con un ángel que venia en sentido contrario, sus alas bien recogidas en la espalda, como suelen hacerlo todos los ángeles cuando andan. Lo que capto mi atención, fue el pergamino enrollado que tenia en su mano derecha. Me di la vuelta. El ángel desplegó el rollo encima de la parte seca de la arena y me invito a acercarme. El pergamino estaba virgen de todo dibujo o marca. Cogio entonces arena en la palma de su mano y lo dejo caer entre sus dedos encima de la hoja. Se dibujaron los continentes y los mares, las montañas y las llanuras. Los únicos lugares visibles y nombrados con caracteres que me estaban desconocidos estaban rodeados de una capa muy espesa de arena. Y el ángel dijo:” Jerusalén, La Meca, Varenasi. Al momento en el cual nombraba estos lugares, podía visualizarlos de inmediato. Varenasi, es Benares. Acababa de pasar por ella. La Meca, la estábamos en este mismo momento sobrevolando. Me había perdido en las callejuelas de Jerusalén hacia ya muchos años. El ángel recogió del suelo una ramita seca y espinosa y se pincho voluntariamente un dedo. Una gota de sangre broto. Paseo su mano encima de este mapa improvisado justo antes y en el lugar donde se encontraba señalado Jerusalén, la arena se tiño de rojo. Entonces, esta

mancha poco a poco se iba extendiendo y aparecían varias manchas rojas en otros puntos del globo invadiendo espacios muy alejados los unos de los otros. El ángel me dijo:” El cielo se abrirá como un libro.”

No se porque me vino espontáneamente a la memoria un texto que había tenido que comentar años antes como estudiante, extraído del “ Mystère de la charité de Jeanne d’Arc “de Charles Peguy y que decia:

“Subiendo al Gólgota

Encima del Gólgota,

En la cima.

Donde estaba ahora crucificado.

Clavado de sus cuatro miembros

Como un pájaro de noche en la puerta de una granja.

El, el Rey de Luz

Al lugar llamado Gólgota,

Es decir la plaza del cráneo. “

“El cielo se abrirá como un libro”? Quería decirme que este mapa mundi que leía en el avión y sobre el cual se habían proyectados mis pensamientos, mis sueños, mis angustias, iba a darme explicaciones tales como se pueden encontrar en un libro?

El ángel se quito sus alas, las deposito en la playa. Del pergamino hizo un barco como se suelen hacer un barco con una hoja de papel plegado para un niño, subió en el y se alejo en el mar. Me grito todavía desde la embarcación “La muerte es igual que mi barco que se esta alejando hacia el horizonte. Vendrá un momento donde ya no podrás verlo, pero no por eso deja de existir!”Experimente entonces una gran lasitud y me acosté encima de las alas dejadas por el ángel

En esta inmensa llanura verde, en estos jardines desbordados de árboles y flores de toda especie, en medio de animales (sobre todo gatos y perros), vi una muchedumbre de personas vestidas de túnicas blancas.

Corrían los unos hacia los otros. Hice exactamente lo mismo. Lleno de alegría y de luz, no solo iba corriendo hacia todos (humanos, animales, plantas) los que había conocido y amado pero también hacia todos los que hubiera querido querer. Al mismo momento todos venían hacia mi y en una gozada indescriptible, nos compenetrábamos los unos con los otros, formando un solo

ser pero cada uno conservando una completa integridad personal. Cada uno se sentía enriquecido del amor de los demás, era el mismo y a la vez los otros, uno y múltiple, y creciendo nos dirigimos a una velocidad nunca experimentada hacia una luz que lo absorbía todo, haciendo ya parte de ella. Era el goce perfecto., supremo y eterno de ser no solo una parte del todo pero de ser el todo mismo.

Me desperté con una sonrisa mientras el avión tomaba tierra. Dentro de algunas horas estaríamos en el jardín que rodea nuestra casa, y es allí, con toda sencillez y con mis seres queridos y mi gata Sofía, y los perros y los pájaros que esperare la eternidad.

Me parece que Sofía se ha dormido en su butaca y que a lo mejor no ha escuchado nada de mi historia .Continua lloviendo.

-“Por eso no pasa nada, Sofía, pero esta noche, quiero que duermas conmigo. A ver si juntos, soñamos algo bonito, algo paradisíaco! Por cierto, seguro que la puerta del paraíso tiene gatera porque un paraíso sin gatos seria como un cielo sin estrellas!

Altea, 13 de julio 2006